

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificación



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Microrrelatos

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

PAOLA TENA

paolatenar@gmail.com

Número 11 pp. 117-120
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial.
Licencia Internacional CC-BY-NC

LA CEGUERA



Fotografía:© Carlos Tena Ronquillo

El caballo tenía los ojos azules, como los de su hermano. Lo encontró en un yermo cuando bajaba de buscarlo otra vez en el monte. Tenía las crines entreveradas con ramas de zarza, y el cuero pelado en parches de tanto rozar contra los salientes rocosos para liberarse de los insectos que se lo estaban comiendo poco a poco. Estaba flaco, igual que debió estarlo su hermano al final, y a dentelladas trataba de alcanzar unos hierbajos de entre las piedras. El viejo lo reconoció en lo terco, abrió azorado los ojos y el caballo le devolvió la mirada, abarcándolo en esos lagos cerúleos. Con dedos gruesos y callosos acarició las orejas heridas por las moscas, y le susurró algo que nadie más que ellos podían comprender.

Lo condujo hasta su barraca y llenó de agua el abrevadero, que repicó en el fondo metálico como campanas llamando a misa; le ofreció las manzanas que le quedaban, hermosas en su bucólica deformidad, y el caballo comió con la ansiedad de días y días de hambre. Nada era demasiado. Siguió subiendo al monte cada día, pero ahora acompañado del caballo. Pensaba que si su hermano se había guarecido dentro de él, bien sabría indicarle el camino, mal que fuera para poder ofrecerle un sepulcro digno, un sitio donde ir a pedir perdón. Pero no lo hacía ascender por la cuesta; lo dejaba amarrado al pie de los árboles raquíuticos, para que si acaso diera con su hermano por fin, el caballo no tuviera que contemplar con esos ojos de cielo la desolación terrible de su propia muerte, el cascarón

corrompido, sus huesos blancos roídos por las alimañas.

Y siempre bajaba igual de exhausto y derrotado para encontrar al caballo donde lo había dejado, haciéndose el desentendido. “Nada”, le decía, y volvían los dos, caminando lento. Un día el viejo no salió más de la cabaña, y el caballo, inquieto por el hedor de la muerte, saltó la empalizada y se allegó solo al pie del monte, para luego adentrarse en la maleza. Lo que no habría de saber el viejo es que esos ojos celestiales se los había regalado la ceguera, igual que a su hermano, al que había abandonado en el monte años atrás, creyendo que las bromas son inocuas, y que los juegos de niños nunca terminan en tragedia.

Paola Tena

1148



Fotografía:© Carlos Tena Ronquillo

“Esa es la mía”, gritó la niña, “la vaca 1148”. “Quita”, la apartó el padre, pero ella era terca y sujetó con fuerza la soga que la ataba a las demás. La abuela le había contado de noche lo que le hacen a las vacas más bonitas, a las más gordas, a las de caderas más anchas.

De nada sirvieron ni las amenazas ni los razonamientos, tampoco que prometieran comprarle un oso gigantesco en la feria: la niña amanecía en el establo abrazada a la 1148, hediendo a ganado, toda picada de moscas. Luego, la madre la zambullía por la fuerza en el barreño rebotante de agua jabonosa, pero el tufo acabó por trasminar su la piel, y era tan penetrante que la precedía antes de que llegara a cualquier sitio. La niña se encargaba de cepillar el pelo crespo de la vaca, de servirle el forraje, y la observaba extática masticar las briznas con la fuerza de una prensa hidráulica, con la brutalidad inocente de sus quinientos kilos.

El día en que el padre habló de acercar el camión muy temprano por la mañana, de las vacas y novillos que llevaría al matadero de la ciudad, la niña supo que no había tiempo que perder. Esa noche solo la abuela las miró elevarse entre nubes blancuzcas con el poderío de dos alas gigantes de papel de seda, la niña diciendo adiós con la mano hasta convertirse en un punto imperceptible.

Nadie volvió a saber más de ella ni de la 1148, porque la abuela se guardó bien de revelar el secreto a los ciegos que solo son capaces de ver una cama vacía y un establo sin tranca donde, en realidad, ha ocurrido un milagro.

Paola Tena